

LA CATEQUESIS EN EL BANQUILLO

Joseph COLOMB.

Este artículo constituye una de las ponencias pronunciadas en Haarlem (Holanda), con motivo de la Reunión del Equipo Europeo de Catequistas, del 18 al 21 de mayo de 1970. Hemos respetado la forma de conferencia y las alusiones concretas del autor al contexto en que pronunció su conferencia. La redacción agradece al Padre COLOMB el habernos confiado su original para ser publicado en «SINITE».

La Redacción.

Avanza arrolladora una ola de recusación contra la catequesis, en nuestros días¹. Lo contrario sería de extrañar. No es posible que la catequesis quede a salvo de las impugnaciones que, en todas sus estructuras, toman por blanco a la Iglesia. Parece indispensable que quienes ostentan alguna responsabilidad en la catequesis reflexionen sobre el significado y el valor de tales censuras, con fe tranquila y actitud comprensiva aunque crítica.

Los capítulos de opugnación son muchos; conviene distinguirlos para estudiarlos mejor, si bien no ignoro que con frecuencia se implican parcialmente unos en otros... A modo de hipótesis y para lanzar la discusión, propongo el plan siguiente:

- 1) Recusación del *método* o, mejor, del «modelo» catequístico.
- 2) Recusación del *contenido* de la catequesis.

1. No se ataca a la función catequística, sino a la estructura catequética, y particularmente a las estructuras de la catequesis metódica, escolar, como se da actualmente.

- 3) Recusación del *estilo* de fe a que tiende la catequesis.
- 4) Recusación del *idioma* usado por la catequesis.
- 5) Recusación de los *sujetos* o auditorio de la catequesis.

La conclusión final será la recusación del *catequista*. El orden que adopto no corresponde a la importancia de las opugnaciones: sobre la importancia de éstas cada uno juzgará a su modo. Varios de los puntos aludidos de paso exigirán exposición más amplia y, por consiguiente, ciertos distingos. Estos no pueden ofrecerse en una sola charla. El problema se plantea en relación con el panorama francés: es seguro que los ataques contra la catequesis no partirán en todas partes de los mismos supuestos. Por fin, me doy cuenta de que fotografió un movimiento que continúa evolucionando.

Presentaré con brevedad cada una de estas distintas recusaciones; las reflexiones críticas que añada serán también breves. Lo que sobre todo pretendo es ofrecer el cebo que despierte la reflexión y discusión en común. Por otra parte estas críticas no se lanzan siempre de manera precisa en relación con lo que se espera positivamente de la catequesis: vivimos en fase de descontento, de inquietud, negativista. Lo que sobre todo importa, acaso, es poner de manifiesto lo esencial de la recusación, y no el hacer afirmaciones absolutas; se trata en realidad de hipótesis, de pesquisas que pueden ir evolucionando.

I.—RECUSACION DEL «METODO» O DEL «MODELO» DE LA CATEQUESIS

Varias revistas catequísticas, en estos últimos años, nos han pintado, casi al mismo tiempo, la navegación sin rumbo, a la deriva, de la catequesis². Dejemos de lado «la exageración que reduce y simplifica los términos, es muy a propósito para que descuellen los contrastes y se acusen las novedades»; pero que supone muchas injusticias respecto del pasado y, a menudo,

2. J. AUDINET, *Catéchèse*, 35, p. 153; M. FIEVET, «Catéchistes» 76, p. 410. Y el artículo del P. Babin, «Catéchistes» 76, p. 415. *Orientations* en estos últimos años no se cansa de recusar tanto al profesor como la enseñanza escolar, de manera demasiado absoluta.

candidez en relación con el porvenir³. En tales impugnaciones se carga, por una parte, la mano sobre cierta catequesis *ajena a la vida* concreta, que, por el mero hecho, no interesa a los oyentes y resulta ineficaz y aun inhábil para despertar la fe viva; y, por otra parte, se critican *los cursos magisteriales*, de la enseñanza del profesor, porque intercepta e impide el esfuerzo personal de indagación y de comprensión del alumno y, en particular, porque desconoce y anula la eficacia del trabajo en grupo, dentro del cual el diálogo engendra cierta expresión de la fe, basada en la experiencia concreta de la vida humana y religiosa y va creando su propio lenguaje. En cambio, la palabra del maestro favorece el pensamiento abstracto, el cual se expresa en un idioma que no es el hablado por los participantes y que dificulta el planteamiento necesario en la expresión de la fe...⁴.

Ciertamente, en lo hondo de estas críticas subyace el deseo característico de la humanidad actual, manifestado tal vez especialmente por la adolescencia, de no admitir que se le «imponga» determinada fe, y de indagar por sí mismo lo que a cada uno le conviene creer. Las causas de estas opugnaciones radican, aparte el impulso general del hombre a poseer conocimiento más concienzudo, y mayor libertad de la fe, en la influencia de C. ROGERS, y de los estudios sobre la dinámica de los grupos, el descubrimiento y la generalización de las agrupaciones menores⁵, los estudios sobre el diálogo, y las jornadas de mayo de 1968 en Francia.

Ya el P. BABIN, en su aludido artículo de *Catéchistes*, había propuesto dicho «método de discusión en grupos, como la iniciativa más coherente con la sociedad nueva, donde no se pretende tanto, por parte de los jóvenes, el comprender y obedecer, cuanto el descubrirse a sí mismo y el elegir»⁶. Pero los materiales publicados por él son impugnados ya como dirigistas en exceso.

3. «Catéchistes» 76, p. 410.

4. Léase E. VERNE, *¿Hay que seguir educando a los jóvenes?*, «Orientations» 32, pp. 29-51: se rechaza toda «enseñanza», en provecho de la «comunicación entre iguales»; la docencia se desentiende del «que sabe» para darles a todos la palabra.

5. Por reacción contra la vida en exceso administrativa, desencarnada de los grupos «secundarios», aun en la Iglesia,

6. Ob. cit., p. 424.

Oigamos por ejemplo lo que dice el presbítero LE DU⁷: La cultura es acto del discente. Este acto no se transmite. Transita únicamente del educador al educando el lenguaje establecido sobre la cultura objetiva en forma de documento y de información⁸. Han de ponerse a disposición de los alumnos los elementos de un expediente lo más rico posible, y nada más: a cada uno le toca luego la elección de la cultura que le es posible realizar, dentro y mediante la creatividad del grupo⁹.

Semejante afirmación de que más impide que ayuda a la actividad del alumno y a su educación sobre la vida la intervención del maestro, e igualmente la afirmación de que las posibilidades del grupo no se han utilizado debidamente, han de analizarse más de cerca. Encierran en sí una parte inconcusa de verdad, de la que nos vamos percatando cada día mejor; pero de la que no hemos terminado de caer en la cuenta. Lo que no acaba de tranquilizarme es el carácter absoluto, a veces, de las afirmaciones sobre la función del maestro¹⁰; máxime teniendo presente que una nueva experiencia del «maestro-experto» no se ha precisado aún claramente en los hechos. Creo además que no ha de confundirse el acto educativo con el acto de enseñar, y que no pueden olvidarse las leyes que regulan la consecución del pensar preciso. Empiezan a levantarse objeciones sobre este punto¹¹. También desearía que quedasen bien aseguradas en esa forma de catequesis la parte que corresponde a la comunidad Iglesia en la transmisión del mensaje, que resultara bien patente la trascendencia de la Palabra de Dios y, por fin, que se asegure en consonancia con las distintas edades cierta estructura intelectual de la fe¹².

7. «Catéchèse» 35.

8. Página 189.

9. «Catéchistes» 81, p. 104. Completaremos la presentación de este apartado al hablar del «contenido» de la catequesis y de su lenguaje.

10. Los Maestros del pasado corresponden con frecuencia muy poco al retrato que se hace de ellos, y sus educandos no corresponden mejor. Nótese que en M. LOBROT, *La pédagogie institutionnelle Gauthiers-Villards*, se disimulan intenciones de orden político con razones pedagógicas, v. gr., p. 219.

11. G. SNYDERS, en *Enfance* 1969, pp. 305-351: *La non-directivité, est-ce la bonne direction?* Y en «Orientations» 31, el artículo del P. COSTE, *Le progrès méthodologique et l'enseignement programmé*.

12. Esta es muy necesaria al adolescente: H. CARRIER, *Psycho-Sociologie de l'expérience religieuse*, Presses de l'Université grégorienne, pp. 126-140.

La recusación de la catequesis escolar resulta aún más radical en una reseña sobre *Voici l'homme*, del P. BABIN¹³. Es interesante conocer la página siguiente de tal reseña:

«El éxito mismo de la obra nos impulsa a precisar nuestras propias dudas y nos incita a preguntarnos si tal derroche de ingenio es, al fin, rentoso..., ¿qué valor supone esa mediación que el libro o el maestro interponen entre la experiencia y el conocimiento personal?; ¿no radica precisamente en ese punto el desacuerdo entre los partidarios de la Acción Católica y los especialistas de la catequesis?... Mientras la catequesis escolar defina la experiencia, la *simulará* (por las palabras, imágenes, etc.); *aislará* el movimiento, la *reducirá* a cierto saber especulativamente homologado; mientras realice esa distorsión de lo real, no podrá conducir sino al fracaso que experimenta desde hace más de medio siglo. ¡Como si la palabra bastase para definir un género de vida...! Esta crítica es aplicable, por cierto, a toda forma de educación escolar... No se catequiza precisamente conociendo lo concerniente a Jesucristo; reaccionando cristianamente es como se inicia el proceso de la catequesis auténtica. Es imposible imaginar que la simultaneidad acción-reflexión cristiana sea realizada por la escolarización catequística; a mucho tirar, en los casos más favorables —y, por tanto, excepcionales— favorece la articulación entre el pensar y el obrar cristianos. Mientras la catequesis no surja de la acción homogénea al hombre y a su desarrollo, a su ambiente y a la modificación de ese ambiente, se reducirá a instrumento de presión o a ocupación capaz de llenar ciertos vacíos en el horario; pero de la cual se prescindirá en primer término tan pronto como la vida o los exámenes transtornen en alguna medida dicho horario o los ratos desocupados».

Uno se pregunta según qué «aspecto cultural» ha considerado el autor de esas líneas la catequesis, o qué género de experiencia catequístico-escolar ha podido adquirir en las escuelas cristianas que conoce. Yendo más al fondo, se pregunta uno también qué relación establece entre cultura y acción y entre acción y pensa-

13. «Catéchistes» 80, p. 960. «Catéchèse» 39, da cuenta del informe: *Voici l'homme*, y termina de este modo: «Respecto a la renovación de la acción catequística perdura la cuestión siguiente: ¿se permite, a pesar de todo, que el grupo juvenil pueda proponer sus propios problemas? No basta con proponerle los medios de descubrirlos, si al fin de cuentas, el informe no admite más que una respuesta. La adhesión a la persona de Jesucristo se expresa por la decisión libre, consciente y personal. Pretender que preceda a las pesquisas la problemática, es exponerse a que no pueda llegarse nunca a la auténtica catequesis... La autogestión en catequesis ha de disponer al grupo juvenil para convertirse mediante la investigación, en creador de su problemática propia, a fin de poder inventar su lenguaje peculiar y proclamar su fe» (H. M.).

miento; ese autor parece ignorar lo necesario que es para toda cultura salir de la *simultaneidad* acción-reflexión. Siguiendo tales derroteros se acaba por formular afirmaciones que empiezan a oírse frecuentemente ¹⁴: «basta ya de catequesis didáctica; las catequesis ocasionales son suficientes». Mas, eso supuesto, ¿en qué acabaría la educación de la fe, precisamente ahora en que incluso la actividad aldeana requiere enseñanza propia en escuelas especiales? Acaso no haya querido hablarse, en realidad, de catequesis «ocasionales» ¹⁵. Prefiero creer por mi parte que necesitamos aún decir y repetir: la catequesis escolar para que resulte válida ha de ir acompañada de la acción, precedida y seguida por ella; tenemos que recalcar todavía que ha de ir ligada con la experiencia religiosa, a la que no debería preceder; nuestra tarea a ese respecto no puede darse por terminada. Y parece necesario también que la catequesis escolar sea vivificada por la acción apostólica que se adapte a la edad y a los temperamentos.

Son muchos los que dicen haber perseverado merced a su compromiso con la acción ¹⁶. Eso explica ciertamente los esfuerzos actuales por establecer, mediante la institución de un tronco común, más estrecha colaboración entre los distintos movimientos educativos o apostólicos, y la catequesis ¹⁷.

Para comprender todos los cambios que han de introducirse aún en la catequesis escolar, sin suprimirla, podría meditar en el catecismo del Isoleto ¹⁸, y admirar las dos características con que supera las críticas lanzadas contra la catequesis escolar:

1) A los niños se los inicia en la fe que la comunidad intenta vivir y comprender mejor. El niño realiza, pues, la experiencia real de la fe en su relación con la vida.

14. Lo he oído decir en el Instituto de Estrasburgo.

15. Me temo que la mayor parte de las catequesis que aquí hayan de presentarse sea de estilo escolar y, por consiguiente, recusadas de muchos.

16. «Concilium» 53, pp. 42-43: acerca de los modos nuevos de coordinar la catequesis escolar con las tareas de la existencia.

17. Cuando M. FIEBET dice: Hay que arrancar «de las necesidades del hombre, de las necesidades de su ambiente, de aquello que aparece a sus ojos como más urgente modificar, cambiar, desenvolver», y también: «La elaboración y adquisición del saber deben realizarse partiendo de la explotación de la vida juvenil, de sus comportamientos en determinado ambiente, de su desarrollo y promoción, tanto individuales como colectivos» (p. 962); coincide con la impugnación de que trataremos al hablar del contenido de la catequesis.

18. «Concilium» 53, L. DE LA TORRE, *Catecismo del Isoletto*, pp. 151-158; J. SERVIENT, *L'expérience chrétienne de l'Isoletto*, Seuil.

2) Los niños reciben la fe cristiana (esto se relaciona con las observaciones que haremos posteriormente sobre el idioma de la catequesis) en el lenguaje propio de la comunidad, del medio cultural en que el niño vive, y no en el ambiente cultural intelectual y abstracto.

Aquí encajan ciertos interrogantes sobre el problema planteado casi brutalmente en Alemania, probablemente también en el Canadá y de seguro en otros países, acerca de la catequesis escolar. Trátase, según yo creo, de las naciones donde la escuela incluye entre sus funciones la enseñanza de la religión. Esta enseñanza, en la escuela, no supondría la proclamación del mensaje, ordenada a la conversión, a suscitar o educar la fe; sino la mera información objetiva acerca de la religión cristiana (y de las otras religiones). Se contraponen así claramente el docente o profesor y el testigo de la fe. Su información objetiva dada en la escuela capacitaría, por otra parte, a los oyentes para escuchar la posible proclamación del mensaje¹⁹.

A mí personalmente no me resulta fácil situar con exactitud la mera información objetiva. Cuando hablo del hinduismo, con el cual no me considero comprometido por la fe, ¿me mantengo en el terreno puramente informativo? Me parece que ya proclamo un kerigma por el hecho de penetrar el significado de esta religión y de apreciar sus valores. Lo meramente informativo ¿no supone carencia total de significación; y pura presentación de hechos? Mas, ¿existe el hecho puro? Hecho y espíritu son los dos polos de la percepción histórica. La mera información resulta tanto más difícil cuanto se admite que el maestro es personalmente creyente y vive su fe de forma comprometida. Para entendernos, es preciso recordar aquí, ciertamente, las tres fases de todo conocimiento. = fase de urgencia, fase fría, fase inspirada. Al docente escolar le corresponde la segunda fase. Mas ésta no debe aislarse ni de la primera ni de la tercera, si bien es fatal que en la escuela se manifieste más clara su distinción de las otras dos fases. Distinción peligrosa, que llevada al extremo, ha merecido las críticas de que hemos hablado; pero que, en parte, es aplicable a la escuela entera, comparada con la vida concreta

19. «Vérité et Vie», 618R, serie 86, pp. 7-8.

de todos los días. La catequesis, a mi modo de ver, ha de procurar, aun en la escuela, no agravar tal distinción, sino disminuirla, en gracia a la fe viva del oyente²⁰.

II.—RECUSACION DEL «CONTENIDO» DE LA CATEQUESIS

No se trata, claro está, de que cambie el contenido esencial de la fe, el Evangelio de Jesucristo.

No voy tampoco a ocuparme de esa recusación que reclama un evangelio sin mitos, un evangelio «escrito de nuevo» para los hombres de hoy; para la cultura profana hodierna, de modo que nuestros contemporáneos puedan escuchar hoy la misma Buena Nueva, sin verse obligados a elegir entre su cultura y su fe.

Cierto que la impugnación de la catequesis por la forma envejecida que mantiene y con que se presenta, es grave y, acaso, para muchos catequistas la más amargamente sentida. Sobre todo, porque son muchos los libros que se publican tomando por blanco de sus diatribas el aspecto pasado de moda con que se expone la Palabra de Dios, y porque los fieles caen de día en día mejor en la cuenta de que la fe se les predica en forma anticuada aun a los ojos de los catequistas mismos²¹.

Mas estimo que tales críticas no son tan nuevas: son permanentes a lo largo de la historia, como provocadas por el progreso de la cultura humana, frente a los textos que corresponden a determinada cultura, correspondiente a su vez a tiempos y lugares precisos; se exige que, sin cesar, sea posible releer el evangelio de modo que en él se halle, arropado con la letra de las Escrituras, el «evangelio para nuestra época». Esa impugnación se supera en cada tiempo por la fidelidad al Espíritu, una de cuyas funciones es interpretar el evangelio. Lo malo es que tales exigencias de la cultura humana no son tan claras, tan seguras, ni tan fácilmente discernibles. Antes de llegar al descubrimiento de la verdad, hay que pasar por las hipótesis y aun como necesaria-

20. Los métodos pedagógicos pueden o no facilitar el acercamiento entre la escuela y la vida. La catequesis escolar sigue siendo «catequesis menguada». Cf. A. SEUMOIS, en «Catéchèse», julio 1962, p. 353. Pero no ha de negársele su función propia, ni pedírsele más.

21. L. EVELY, *L'Évangile sans mythes*, Introducción.

mente, hasta por el error. Lo malo es también que la autoridad en la Iglesia se resigna con dificultad a que existan en la fe de sus fieles esos géneros de incertidumbre, esas investigaciones, hipótesis: ese espacio móvil en que la fe se purifica; pero a veces, parece más bien que se pierde. Puede esperarse que la educación misma de la fe, y por tanto de la catequesis, hayan de aspirar a que los fieles sean capaces de soportar en su fe las oscuridades, las dificultades, las incertidumbres, los cambios que caracterizan a todo humano conocimiento. Volveré más tarde sobre esta dificultad, tratándola de refilón, al hablar de la finalidad de la fe y del lenguaje.

Desearía insistir más aún sobre esta recusación que, me parece, ha de ser la que más nos ocupe estos días.

Por el hecho de haber adquirido el hombre moderno conciencia especial de sí, se ha operado un cambio en su perspectiva religiosa, que el P. GIRARDI expresa así²²:

«El movimiento central nos conducía en otros tiempos desde los valores religiosos a los valores profanos; mientras que actualmente tendemos a alcanzar la autenticidad religiosa partiendo de la maduración humana... Antes, llegábamos a lo humano, arrancando de lo religioso como condición y medio de realizar al hombre²³; ahora llegamos a lo religioso arrancando de lo humano».

Dicho de otro modo: en vez de anunciar el misterio de Dios que desciende hasta el hombre para introducirlo en otro mundo, el mundo divino; tenemos hoy que hallar el medio de situar los problemas humanos y de interpretarlos a la luz de Cristo, colocándonos delante de ellos y sin distanciarnos de ellos. Porque quien es amado por Dios, quien es creado, salvado y glorificado por El, es el hombre. La catequesis, ahora, según eso (lo mismo que la teología) es antropológica: no versa sobre otra realidad que la del hombre —amado por Dios— en Cristo. Hablar de Dios en este sentido, es hablar del hombre, y hablar del hombre, es ya hablar de Dios. Esto no pasa de tomar en serio el misterio

22. I.C.I. 1 enero 1970, p. 24. Debería averiguarse si esos valores humanos no son esencialmente lo que nosotros hemos llamado necesidades humanas. Cf. *Le service de l'Évangile*, I, pp. 207-211; cf. «Lumen Vitae» 24, 1969. N. 4, p. 638ss.: *Le principe dialogal en Catéchèse*.

23. Topamos aquí con la llamada mentalidad de «Cristiandad».

de la Encarnación y, con especialidad, la humanidad de Cristo en la Encarnación.

La problemática originada por este cambio de perspectiva se define por tanto así: cuanto carezca de significado para el hombre, supuestas su condición y las experiencias humanas, carecerá en lo sucesivo de interés; ¿qué significación ofrecen para mi existencia la virginidad de María, la confesión de los pecados al sacerdote, el concepto mismo de salvación? El evangelio ha de tener por misión el poder dar esos significados. Este principio de la catequesis deja suponer hasta qué punto resulta infundada, insostenible, ineficaz la presentación de muchas enseñanzas llamadas tradicionales, que no pueden subsistir sino a condición de rehuir su encuentro con el hombre²⁴.

Pero me parece que este trastrocamiento en la dialéctica de la catequesis ha de exigir muchas indagaciones y reflexiones, y que no todo es claro aún a este respecto; en particular, la relación entre tales o cuales experiencias humanas y el significado que de ellas da Cristo; se impone, ciertamente, mucha cautela para no invocar a la ligera ni con excesiva seguridad el sentido o la significación cristiana. Además, en el momento presente, que es de «reacción» contra el modo antiguo de proceder, hay que mantener el equilibrio. En esta catequesis, que puede llamarse «secularizada», lo difícil será, probablemente —en contraposición a lo que ocurría en la catequesis anunciadora del mensaje de arriba—, no poner debidamente en claro la gratuidad y la novedad del amor de Dios en Jesucristo; no orientar lo bastante hacia la adoración y la acción de gracias a la Trinidad; aminorar u olvidar la necesidad de la fe libre en la aceptación de su verdadero significado, afirmando con excesiva facilidad, por ejemplo, que «en el mundo real de los hombres y de los acontecimientos con que ha de enfrentarse el estudiante, es donde Dios se *revela* en el día de hoy»²⁵; o también, que «anunciar la comu-

24. La Iglesia no se presenta ya como medianera entre Dios y el hombre, ni como «sagrada»; es la humanidad misma, empeñada en el amor de Dios. Las estructuras eclesiales son el signo explícito y revelador, y el servicio de esa humanidad comprometida en el amor de Dios.

25. G. MORAN, «Catéchistes» 80, p. 868. Este dice también, p. 868: «La historia real del momento presente es el lugar mismo de la revelación que se perpetúa»

nión entre los hombres, es ya anunciar a Cristo»²⁶. Desearíamos saber, en fin de cuentas, la forma exacta en que se utilizará la Escritura, y el sentido de ese recurso a la Escritura.

Si de lo que se trata es de una catequesis sobre el obrar cristiano, se plantea aún otro problema, o el mismo de modo diferente. Parece claro que la fe humanamente auténtica ha de producir obras que sean de este mundo y que se correspondan con los proyectos temporales de todos los hombres. El cristiano no desdeña este mundo. Y la catequesis atañe, por consiguiente, también a la «política» humana. Pues si la catequesis tiene que ver con «el comer, el beber» (S. Pablo, 1 Cor 10, 31) y el vestir; no puede ser ajena al progreso social, a la pobreza, la violencia. Realizamos nuestra plenitud humana y empujamos a los hombres hacia el Reino de Dios sirviéndonos del mismo impulso²⁷; si bien lo último no se identifica con el desarrollo humano temporal. Todo esto significa que deberán agregarse a nuestra catequesis muchos capítulos difíciles de tratar, y de los que se habla tanto en nuestros días. Y con todo, también en este caso ha de quedar siempre clara la trascendencia del Reino de Dios; como tampoco podrá imponerse en nombre del evangelio lo decidido en nombre de la competencia y la libertad humana, que pueden llegar a conclusiones *prácticas distintas*, las cuales no tienen derecho a arrogarse la garantía de la Iglesia.

Pido excusa por haber prolongado con exceso las reflexiones relativas a la opugnación del contenido de la catequesis. Tanto más cuanto que ésta constituye el objeto peculiar de nuestra reunión y, por tanto, tendremos holgura para precisar el problema a la luz de los ejemplos catequísticos que se presenten.

26. Se dirá también: la decisión libre que toma totalmente en serio a nuestro hermano el hombre, es ya reconocimiento de Dios; afanarse por instaurar la justicia y la caridad en las relaciones interhumanas, equivale a la afirmación de Dios justo y amante. Se comprende fácilmente la verdad contenida en esas fórmulas ambiguas, que confirma el evangelio. Pero es menester, sobre todo en la catequesis, no simular que se amengua la necesidad del conocimiento libre de Cristo, no exponerse, por otra parte, a merecer el reproche sobre la «recuperación» de los creyentes. Léase SCHILLEBEECKX, *Dieu et l'homme*, p. 176, 7.

27. MANARANCHE, *¿Se da la ética social cristiana?*, pp. 227-243. ROQUEPLO, *Expérience du monde, expérience de Dieu*, pp. 41-44. J. SERVIEN, *La experiencia cristiana del Isoletto*, pp. 107-110. «Parole et Mission», oct. 1967, pp. 629-662; marzo 1970, pp. 139-146.

III.—RECUSACION DEL «TIPO DE FE» A QUE APUNTA LA CATEQUESIS

La catequesis tendrá siempre como fin suscitar y educar la fe. Ahora bien, se impugna la catequesis tradicional por el hecho de que, al parecer, se pone de manifiesto un tipo nuevo de fe que debe modificar la catequesis, para que le sea posible educar este nuevo modelo de fe. Modelo humano de fe, que procede también aquí de la conciencia que el hombre ha logrado de sí mismo, de su modo de conocer y de su proyecto de conocer. Aquí también el interés mayor, otorgado al aspecto humano del conocimiento por la fe, inclina a resaltar los aspectos de humildad, de cambio y de punto de mira en el conocimiento humano por la fe.

a) El dogmatismo que tiende a presentar como «absoluta» la formulación de la fe, ya no se tolera. Tampoco es conforme a la doctrina tradicional, la cual ha enseñado siempre que las afirmaciones se refieren a las realidades y a las personas, no a los conceptos que intentan expresarlas; y tales conceptos son el resultado del «ad modum cognoscendi», que tiende a olvidar el dogmatismo. Hoy nos percatamos mejor de la debilidad, incertidumbre y relatividad de las fórmulas, aun dogmáticas, frente al misterio de Dios. Y véase cómo ello obliga a mucha discreción y humildad en la catequesis: Hemos hablado con excesiva facilidad de Dios, con demasiada precisión y seguridad del cielo, del infierno, del purgatorio y de muchos otros «misterios». Habrá de enseñarse a los fieles, no el excepticismo, pero sí el realismo humilde de nuestra fe humana.

b) Las formulaciones del misterio cristiano radican en el núcleo del pensamiento humano que cambia y está inquieto: pueden y deben, pues, modificarse, en correspondencia con el progreso del pensamiento mismo. Acabamos de presenciar tal fenómeno, en muchos casos, desde el Vaticano II, ya en lo relativo a la naturaleza de la Iglesia, ya al sacerdocio, ya a la autoridad de la misma Iglesia o a las relaciones del Papa con los obispos; y bastantes de las fórmulas que parecían elementos del depósito de la fe, son impugnadas. Síguese que en la catequesis deberemos introducir con mucha mayor amplitud el significado de una verdad religiosa que, negándose y afirmándose, no des-

cansa en su tarea hasta conseguir expresarse mejor; la fe no es ya tesoro estático, es pensamiento al que «dar valor». Y, sobre todo tratándose de la catequesis para adultos, nuestra actitud no ha de consistir necesariamente en substituir conocimientos tenidos como errores por otros conocimientos que lo serían menos, aunque tan absolutos. Debemos tender más bien a que se sitúen nuestros oyentes de modo correcto cuanto a la inteligencia de la fe; debemos enseñarles, en un ir y venir ininterrumpidos desde su experiencia personal o en grupo, hasta la Escritura y la fe vital de la Iglesia, a vivir en la fe viva, en la inteligencia concreta de la existencia, utilizando expresiones que nunca pasan de proyectos inestimablemente preciosos, ciertamente, para la formulación del misterio, las cuales indican muy bien adónde apunta la fe, pero que siguen siendo modificables²⁸.

Esto significaba ya el P. BABIN²⁹ cuando sugería que la catequesis de los adolescentes tienda a educarlos, a «descubrir incesantemente su fe, y a que la ahonden en relación con las situaciones nuevas que sin cesar ha de presentarles la vida». «El educador, pues, ha de ayudarles a adquirir «principios personales de referencia doctrinal» más que fórmulas dogmáticas. Adoptará la pedagogía del descubrimiento, más que la pedagogía de la transmisión doctrinal», supuesto por otra parte que la segunda esté incluida en la primera.

c) Síguese de ello la valoración que se otorga a este otro aspecto de nuestro conocimiento por la fe: tal conocimiento no es absoluto, pues corresponde a un «punto de vista» sobre el misterio. De ahí cierto pluralismo que ha de admitirse y que resulta inevitable en nuestra afirmación de fe. Este pluralismo se ha dado siempre entre las teologías y espiritualidades. En la proporción en que la fe de los cristianos sea más personal, ese pluralismo se pondrá más de manifiesto. Tanto más cuanto algunos se preguntan si la catequesis, teniendo en cuenta el número de incrédulos o poco creyentes, ha de seguir empeñándose en atraer a la fe completa y total³⁰. Se dará, pues, tensión entre tal

28. J. VIMORT, en *Plaidoyer pour un recyclage doctrinal*, p. 401, «Catéchistes», 37.

29. En *Options, Chalet*, p. 61 y todo el capítulo. Cf. «Catéchistes», 35, pp. 170-171 y nota 4.

30. RAHNER, en «Concilium» 46 (V. nota en *Catéchèse* 37, p. 403).

pluralismo y la exigencia del mismo Credo para la unidad de la fe. La dificultad se ha hecho patente, a mi ver, en el modo como se ha recibido el Credo de Pablo VI. Y ésta es una de las recusaciones que habrá de superar nuestra futura catequesis: respetar o más bien asegurar el pluralismo necesario a la personalidad, libertad y progreso de la fe.

IV.—RECUSACION DEL «LENGUAJE» USADO EN LA CATEQUESIS

La recusación del lenguaje que utiliza la catequesis no es posible separarla de las otras impugnaciones, puesto que el lenguaje se limita a expresar las actitudes y los pensamientos profundos. Aludiremos, pues, aquí con frecuencia y de modo más o menos explícito a lo dicho anteriormente. Pero el hablar aparte del idioma empleado por la catequesis, nos dará oportunidad de descubrir mejor aún la debilidad de ésta, que se resume en no ser bastantemente humana.

El argumento general de esta clase de opugnadores pudiera expresarse así: el idioma utilizado por la catequesis es con excesiva frecuencia incomprensible para los oyentes. Ello es así porque tal lenguaje no es el de nuestra cultura, el de nuestra época. Esto supone infidelidad a la tradición, ya que ésta es realidad viviente y actualización del mensaje evangélico, e implica la invención perpetua del lenguaje nuevo que corresponde a la «novedad» de la cultura humana³¹.

Si intentáramos precisar, diríamos:

1) El lenguaje que emplea la catequesis es con frecuencia incomprensible, porque la teología misma de la que depende es también incomprensible. La teología es, efectivamente, una de las normas —remotas— de la catequesis. Si la teología no se integra en la humanidad presente, no es antropológica ni adopta el idioma del hombre actual; la catequesis resultará falseada. Si ésta vuelve los ojos a la teología, como la teología no mira al hombre, síguese que ésta se interpone como un muro entre la catequesis y la experiencia humana, y ya no le es posible a la

31. V. «Le souffle», marzo 1970: *Lenguaje y Catequesis*, Liminar.

catequesis alcanzar a un tiempo «la inteligencia de la fe» (teología) y la experiencia humana.

Por ejemplo, la catequesis sobre la redención maneja determinado vocabulario: deuda, rescate, saldo, expiación, satisfacción, reparación, etc., que se alejan mucho de la experiencia que puede verificar el hombre sobre la necesidad de su salvación y aun de toda «salvación» en general. Lo mismo se diga de la catequesis sobre el mal, que ha de apelar inmediatamente al Dios Todopoderoso, quien permite el mal y castiga el pecado. El Padre Peneloux, en *La Peste* de Camus, representa muy bien cierta catequesis escolar de teología inhumana, mientras que el doctor Rieux, cercano al hombre y empeñado, como Dios, en luchar contra el mal, no puede apoyarse en una teología que sea humana. Yo me figuro con frecuencia al catequista en la difícil situación del Doctor Rieux.

2) La catequesis resulta muchas veces incomprensible por utilizar la Biblia. No puede ser de otro modo, ciertamente. Haría falta traducir el lenguaje de la Biblia al idioma del hombre actual. De otro modo, la catequesis se ve forzada a expresarse en términos que cuentan con 2.000 ó 3.000 años de antigüedad. Se afirma, pues, que el lenguaje de la Escritura y sobre todo el del Viejo Testamento, debe recusarse con toda decisión en la catequesis³². Lo dicho antes de la teología ha de decirse también del lenguaje bíblico: no puede usarse de modo incondicional. Si se quiere que la Palabra de Dios en la Biblia conserve su carácter vital, deberá adaptarse al lenguaje moderno.

Es, pues, necesario que la exégesis y la hermenéutica nos faciliten la lectura del mensaje bíblico, en función de las exigencias del hombre hodierno, y no se limiten a resolver problemas intemporales.

No hablo sólo aquí de la necesaria supresión de mitos. Aunque ésta sea importante y se imponga cada día más. Los seglares y

32. Podríamos repetir aquí lo dicho antes sobre la relatividad de las fórmulas de fe. Cada tiempo tiene su idioma. Si sobreestimamos el lenguaje nos ponemos a peligro de ser únicamente testigos de nuestro tiempo, y no serlo tanto de la revelación. «Esprit», octubre 1967, pp. 462-3, 471. Caer en la cuenta de lo relativo del lenguaje, es asegurar el real conocimiento del misterio; cf. 12. Rahner, «Concilium» 46. (Es menester distinguir la verdad de sus formulaciones, relativas del tiempo y de las circunstancias).

los catequistas leen muchos libros escritos por católicos que ofrecen soluciones muy en consonancia con lo que ellos esperan; pero que los exégetas no se atreven ni a criticar con decisión ni a adoptar por su cuenta³³. Es importante, cierto, aprender aquí a padecer «incertidumbre» y a pensar con prudencia. Es menester no producir la impresión de que se rechazan las estructuras mentales del día. Pero hablo también de cierta hermenéutica sobre el sentido general de la Biblia en sus varias dimensiones y según sus distintas necesidades esenciales y permanentes. ¿Cómo responde la Biblia a la existencia humana? ¿Cuál es, por tanto, la dialéctica esencial del diálogo entre Dios y el hombre, sus fases, sus elementos? ¿Esta dialéctica es valdera actualmente y qué textos nos la manifiestan?

Según eso, la catequesis eleva instancias a la exégesis. Si ésta aspira a que el resultado de sus estudios alimente la fe de los hombres, es necesario que haga posible la lectura de la Biblia en función de la existencia humana actual; y no se contente con traducciones, sino que nos ofrezca la lectura acomodada de los libros santos al tiempo presente, al hombre que no quiere sentirse amenguado por Dios, que conoce la multiplicidad de las religiones; hombre prospectivo, optimista, al mismo tiempo que conoce de sus debilidades; hombre en cambio perpetuo y sin raíces, hombre escéptico y que aspira al amor.

3) Idéntica recusación se dirige al lenguaje litúrgico. Parece inútil insistir en ello. Basta preguntar, recorriendo con atención los textos del propio de muchas misas, y hasta con frecuencia, de las lecturas, cuántas son las palabras, giros, comparaciones, que fácilmente puedan ser acomodados a las estructuras mentales de los fieles.

Resulta muy difícil no admitir, en buena medida, lo exacto de tales recusaciones. Es cierto que no puede prescindirse de la Biblia, la Liturgia ni la Teología. Pero hay que dar a conocer a la Iglesia la situación insostenible en que se hallan muchos catequistas ante la mentalidad y la cultura de sus oyentes, cuando

33. Experimento dolorosísimamente, y cada día más la obligación en que me veo de orar utilizando salmos que me impiden orar; quiero decir, utilizar mis estructuras mentales de hoy, y que me obligan a rechazar la letra con el fin de intentar descubrir el espíritu, a menos que me induzcan a no pensar en nada.

no pueden echar mano de otra teología, liturgia o Biblia que aquellas que desconocen el lenguaje actual³⁴.

4) Algunos piensan, incluso, que el lenguaje de la catequesis sólo pueden descubrirlo los cristianos mismos que aspiran a adquirir inteligencia de su fe. No se trata en este caso de que acomode su modo de hablar la catequesis al lenguaje de los hombres; sino más bien de aceptar los problemas planteados por los hombres, en el lenguaje que se va creando, al través de la investigación misma que ellos por su cuenta realizan y de «responderlas» utilizando los mismos términos usados por ellos. Para conseguirlo es menester dejar hablar a los ambientes mismos que crean tal lenguaje y, en particular, a los grupos reducidos³⁵.

A mi ver, sólo la catequesis de adultos nos permitirá conocer las exigencias del hombre actual y su lenguaje, si es que acierta a respetar la actividad de los oyentes³⁶. Me ha parecido notar también que muchas de las dificultades relativas al lenguaje de la catequesis proceden, al menos en gran parte, no del lenguaje mismo, sino del modo errado con que se presenta el misterio; v. gr. el Sacramento de la penitencia, que no puede significar algo de la existencia humana de todos los días y que, por otra parte, significa el perdón que procede de Dios. Esto significa que las dificultades nacidas del lenguaje son muchas; según yo creo, más complejas, y requieren que se las estudie con detenimiento.

En fin, la impugnación del lenguaje catequístico adopta en la actualidad otra forma: el mundo moderno se modela cada día en mayor grado por los medios audiovisuales; estos medios reaccionan sobre las personas que los utilizan: el hombre moderno parece estructurado para comprender dichos medios. Luego deben emplearse en la catequesis, no para interesar a los catequizandos, sino para que éstos comprendan al catequista. No pretendo explanar aquí esta idea. Puede leerse el libro del P. Babin; tanto más cuanto que el mismo P. Babin ha de tener aquí una

34. Léase L. EVELY, *El evangelio sin mitos*. Editions universitaires.

35. Cf. SCHILLEBEECKX, *Dios y el hombre*, pp. 128-9, sobre la misión normativa de la Biblia. «Catéchistes» 82, pp. 212-3. Crítica de *Oraciones del tiempo actual*. B. JOINET, *Investigaciones sobre el lenguaje en pastoral, liturgia y Catequética*. Suplemento en la «Vie spirituelle» 82, sept. 1967. LE DU, «Catéchèse», 35, pp. 169-79.

36. «Concilium», 53; J. LE DU, pp. 56-60.

intervención, y que los discursos, por definición, resultarían poco capaces de facilitaros un claro juicio de valor.

V.—RECUSACION RELATIVA A «LOS CATEQUIZANDOS» U OYENTES DE LA CATEQUESIS

Por fin, apunto otra impugnación que atañe a los sujetos de la catequesis, a aquellos a quienes la catequesis se ordena.

En un artículo de la revista «Catéchistes», abril 1969, el Hno. Didier PIVETEAU afirma que la renovación catequística resulta desconcertante. Una de las razones es que se cree erróneamente que ha de catequizarse sobre todo al niño crecido y al adolescente. Ahora bien, eso no es verdad; han de ser catequizados, sobre todo, el parvulito hasta los 6 años, y el adulto. La catequesis de los adolescentes debería disminuirse, lo mismo que la del niño ya crecido.

Puede admitirse en parte, pero sólo en parte, esa opinión. Totalmente de acuerdo en lo concerniente a la catequesis de adultos; la cual, por lo menos en Francia, está iniciándose y empieza ahora a organizarse; es de capital importancia para la Iglesia, por muchas razones:

a) para poner en claro la actividad cristiana que se exige a tales adultos;

b) para que la catequesis acierte a descubrir con mayor facilidad el lenguaje de los hombres de nuestra época (acabamos de decirlo) y para conocer mejor la experiencia contemporánea de la existencia humana; porque los adultos obligarán a que la catequesis adopte el idioma que ellos emplean y asuma la experiencia que tienen ellos de la vida;

c) para facilitar a los adolescentes la aceptación de aquella catequesis que tendría para ellos carácter de «ley de la vida de fe» en todas las edades, y para ayudar a descubrir la modalidad propia de la catequesis de adolescentes. Si, efectivamente, acepta el adulto cierta catequesis mejor estructurada objetivamente, habrá menos precisión de suministrar al adolescente una estructura objetiva semejante, y se admitirá que a él pueda dársele en forma más subjetiva.

Estoy de acuerdo también en la importancia que debe atribuirse a la primera infancia, a la formación de los padres para que puedan éstos catequizar a los pequeñuelos.

Pero no estoy de acuerdo en que se haya de rehusar, como parece decirse, a los niños mayores y a los adolescentes.

Por lo relativo a la infancia que llaman adulta, aún reconociendo que a la catequesis no le es fácil mejorar sus posibilidades (ya hemos hablado de ello), creemos que lo criticado con frecuencia en ella es la forma inauténtica que conserva aún a veces³⁷; pero sería grave error el que dejase de desempeñar, en la educación de la fe, la función que le es propia en consonancia con sus modalidades características, supuesta la edad y la situación escolar de los catequizandos.

Cuanto a los adolescentes, sigo creyendo que la catequesis les es muy necesaria. Esta edad, diga lo que diga el autor del artículo, es también edad de decisiones, y hay que prepararlas e iluminarlas. El adolescente requiere su propia estructura intelectual, y resultaría extrañísimo que, al tiempo en que adquiere la cultura general profana, haya que dejar yerma su fe religiosa. Lo importante es saber qué catequesis ha de dársele y de qué forma tener en cuenta su subjetividad y su tendencia a reunirse en grupos reducidos.

En resumen, la recusación es admisible ciertamente, no en el sentido de descuidar ciertas edades en provecho de otras, sino para ampliar las edades de la catequesis y adaptar mejor ésta a cada una de ellas.

CONCLUSION

La misión catequística de la Iglesia tiene ante sí una tarea enorme, suscitada por las diversas recusaciones, que escuchamos con simpatía y que despiertan extraordinarias esperanzas, a pesar de su sentido crítico; sobre todo cuando tales impugnaciones se ofrecen como nacidas de un recio movimiento de reacción. Por otra parte, según hemos visto, este trabajo no compete sólo a los catequistas, sino también a los exégetas, teólogos, pastores

37. «Le souffle», marzo, 1970. ROGER GRAVELINE. *Vérification du langage de la foi*. Tres momentos: Caer en la cuenta de la distancia que media entre el lenguaje de la catequesis y el de la vida; indagar la realidad que se aprehende mediante la proposición de fe; expresar la realidad de fe mediante el lenguaje y la experiencia humana.

y laicos. La recusación de la catequesis es sólo un aspecto de la recusación global de la Iglesia.

Con todo, al fin de esta conferencia, se impone esta conclusión: todas las recusaciones que preceden se resumen en una: impugnación de los catequistas, que son los ministros de la catequesis. Las que antes se han estudiado ponen en tela de juicio su función, su estatuto; cabe preguntar si a veces el catequista sabe todavía quién es. El problema, por tanto, se reduce a esto: ¿cómo contar con catequistas capaces de transmitir el mensaje a los hombres de nuestra época, supuestas las exigencias de que acabamos de hablar? Se tiende en nuestros días a rehusar la función de catequista. Es difícil en muchas diócesis hallar sacerdotes para capellanes de institutos y de colegios. ¿Qué significación tiene tal negativa? Sería desastroso que los catequistas desconocieran el poder del evangelio cuando, con razón, intentan expresar en términos más humanos el designio de Dios. ¿Han de callarse en espera de que mejores estructuras se establezcan? Por otra parte, notan algunos que los jóvenes no recusan ciertamente al catequista; ellos desean educadores vivaces, comprometidos en la revolución de la sociedad y capaces de dar razón de aquello que presta sentido a la vida.

¡Último interrogante que toca de cerca a muchos de nosotros!, ¿qué formación deben dar los Institutos dedicados a formar catequistas? ¿De qué medios han de disponer para que se responsabilicen de tal formación sin que sea recusada, y para que puedan responder a los impugnadores? Yo me alegraría enormemente si pudierais en esos días darme luz sobre este punto.